

*Amor de los  
Amores de Sevilla*

*Antonio García Rodríguez*

*Pregón de las Glorias de Sevilla*

*29 de abril de 2016*



*A Lola, mi mujer, y Margarita, mi hija.  
Ellas son la Gloria que dan luz a mi corazón.*



## SALUTACIÓN

**E**xcmo. Sr. Arzobispo de la Archidiócesis de Sevilla.

Ilmo. Sr. Delegado Episcopal para Hermandades y Cofradías de la Archidiócesis sevillana.

Ilmo. Sr. Teniente de Alcalde y Delegado de Fiestas Mayores del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla.

Sr. Presidente y Junta Superior del Consejo General de Hermandades y Cofradías de Sevilla.

Autoridades presentes.

Cofrades ungidos en la Gloria y en el amor a María.

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento al Sr. Arzobispo por la ratificación de mi nombramiento propues-

to por el Consejo General de Hermandades y Cofradías de Sevilla en este inmenso e inmerecido honor para pregonar las Glorias de María en esta ciudad donde la Virgen es Verdad que modera y nutre nuestros corazones, con ilusiones de nueva vida, para acercarnos a Dios, al Misericordioso, Al que nos guía y protege. Gracias a la Hermandad de la Virgen de la Cabeza, que preside este acto, donde la torpeza de mi palabra será rebatida por la grandeza de la Madre de Dios, aquí presente, y que tantas deferencias ha tenido hacia este pregonero, que pondrá toda su modesta sapiencia como escritor para intentar estar a la altura de quienes tanto esperan y tanto lo quieren. A Ella, a la Virgen de la Cabeza, encomiendo mis palabras, esta fábula, esta narración que intentará baremar y poner de relieve los sentimientos de los hombres que entregan sus vidas al servicio de Dios, por mediación de la Bienaventurada, de la Madre del Mesías, del Resucitado, y que tiene su origen en la magnificencia y esplendor de Quien es tan querida en esta tierra como allí donde nació su devoción, en el cerro del Cabezo, hace ya casi nueve siglos, cuando Juan Alonso Rivas se postró ante la aparición de María en la cumbre del cerro, anclando en el corazón esta devoción mariana que mantiene en vilo

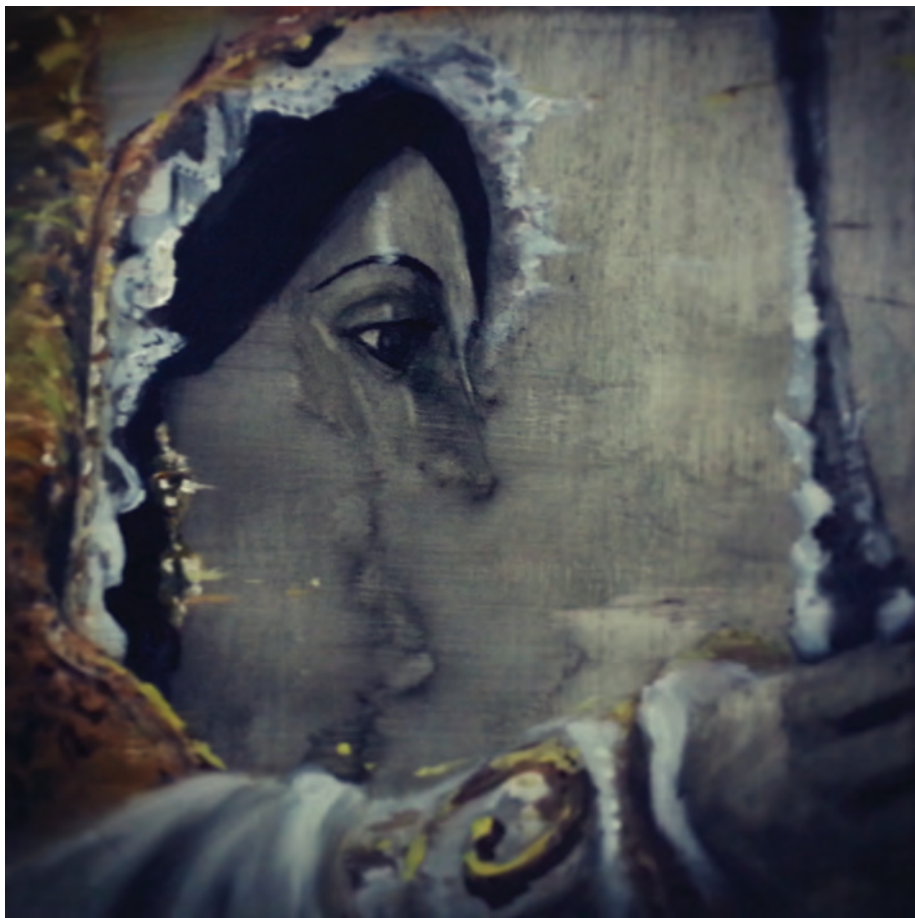
millones de almas que sostienen sus sentimientos y fervor en la Morenita, esa Virgen pequeñita que habita en la ermita desde donde cualquier manifestación mariana tiene su espejo, donde se cumplimenta el mejor y más hermoso mensaje de entrega a quienes son fieles a sus idearios y prefieren sucumbir a desertar de la espiritualidad que se irradia desde el dulzor de su rostro, desde la majestad y excelsitud de su semblante pequeño, del Niño que mantiene el cetro y es portador y benefactor del más grande poder. Le pido, abriendo mi corazón a la Mediación de María, que oriente mis sentimientos, que guíe mis palabras, con la misma seguridad que el abuelo, al pie del monte, le señala el camino de la Misericordia al nieto, indicándole que la vida nueva, la vida eterna encuentra sentido en la cumbre. Le pido, a Nuestra Señora de la Cabeza, que dé sentido a mi oratoria, a esta devoción a la Virgen que llevo anclada en mi corazón, desde que la razón abriera las puertas de mi memoria, y que mis palabras sirvan para descerrajar sinrazones, abrir almas, para que mane y se fortalezca la Palabra que nos descubre a la Misericordia y, por los canales de su Gracia, discurra el agua que sacie a todos en su sed de bondad, porque este pregón contiene este proemio como necesidad de poner

ante ustedes los preclaros sentimientos, sin sensiblerías, de la protestación de mi fe y mi creencia, una jaculatoria que viene a certificar el sentido mariano que ha regido mi vida y que tiene como salterio preferente una oración tallada en el mármol de una lápida que removi6 la memoria de quienes me precedieron en la solemnidad de la gloria, de los que me educaron en el amor al Todopoderoso; una leyenda cincelada a golpe de emociones, y con el punz6n del m6s grande amor, sobre la dureza de una albea piedra, que resume mi sentir por Qui6n es dueña de mi coraz6n, un lema que ya de por s6 es un enorme preg6n, el clamor del amor de esta ciudad por la Bienaventurada; una plegaria popular inscrita bajo la Virgen que nutre la existencia espiritual de mi familia, desde hace tres generaciones, la proclamaci6n de la certidumbre mediadora de Mar6a en esta ciudad que abriga y sostiene la gracia de la mejor Virtud con la Dios ha premiado a los hombres, el evangelio resumido en la enunciaci6n de su nombre porque ofrece al hombre el camino para la salvaci6n a trav6s de su Mediaci6n; una oraci6n arrancada al fr6o de la piedra y que llega desde lo m6s rec6ndito de la nostalgia para resarcir siempre mi memoria porque es culmen de las devociones de los m6os, una jaculatoria extra6-



da del alma de Sevilla que la proclama su Reina y Señora, como tabernáculo de Dios, en la puerta que aún guarda el aroma de los limoneros y el olor a tierra mojada de las huertas. ¿Dónde, si no en la Macarena, pudo concebirse lema tan magnífico para presentar a la Madre de Dios con todo su esplendor, con toda la grandeza que el Todopoderoso le confiriera? ¿Dónde, si no en la Macarena, en la Puerta que nos lleva al cielo, pudo mejor reflejarse el amor de la ciudad por María con un lema que recibe a quienes abren sus corazones a la bondad y que dice así: “El Domingo 27 de Mayo del Año de Gracia de 1923 Tomó Posesión Solemne De este Arco de la Macarena **La que es Hija de Eterno Padre, Madre del Verbo Divino, Esposa Inmaculada del Espíritu Santo, Amor de los Amores de Sevilla y Esperanza única de los mortales.**





*Nunca más sola*



## NUNCA MÁS SOLA

**Y** *ya nunca más volveré a estar sola.*

Las palabras recorrieron el espacio y consiguieron neutralizar los sonidos, ahogar en la inmensidad del sosiego de la estancia los metálicos redobles de las campanas llamando a misa desde la cercana parroquia de San Nicolás. La convicción de aquella afirmación espesó el silencio, hasta convertirlo en una fortaleza de placidez, y las miradas, las de los dos hombres, fundieron sus vínculos y acortaron las distancias de una emoción emergente, atrapadas en la sorpresa por la rotundidad con la que se manifestó tan grande proclama –*y ya nunca más volveré a estar sola*–, y no fue, hasta pasados unos segundos, cuando se percataron del reinicio de sus respiraciones.

Aquella frase, pronunciada con la franqueza y sencillez que reside en la inocencia inquebrantable de la infancia, desató cualquier indicio de duda. “No necesita –dijo el cura– ninguna lección catequética”.

Margocha era una niña alegre y dicharachera. No tenía aún cuatro años cuando quedó en el mayor de los abandonos. Sus padres, perdidos en la sinrazón del alcohol, abatidos y desolados, incapaces de vencer las fuerzas que le cercenaban la voluntad y la espiritualidad, habían sucumbido a la inconsciencia y prendido fuego a la humilde vivienda donde se refugiaban, donde huían del frío extremo y las inclemencias de un invierno severo, de una climatología tan extraordinaria, de una fuerza tan inconmensurable, que había sido utilizada como arma de guerra para derrotar poderosos ejércitos. No en vano, su lugar de origen, mantenía en su etimología la denominación de la Rusia Blanca, que es lo que significa Bielorrusia. La niña, ante el estado de dejadez, ante la precariedad de su situación, había sido ingresada en un orfanato estatal. Allí nunca tuvo conciencia de que a cuatro mil kilómetros, unos años después, conocería la Esperanza, la ilusión y recuperaría esa niñez que comenzaba a escapársele sin remisión. Allí, donde la miseria era

la mejor de las condiciones, no tenía constancia de que la Virgen ya comenzaba a salvaguardarla. Allí, en la fría estepa rusa, ignoraba que el cendal blanco que cubría los bosques que veía desde la ventana de su habitación, que convertía los tejados en láminas de hielo, se transformaría en el manto para su **Amparo**, en la prenda que abrigaría su alma y la protegería de cualquier mal. Todavía no lo sabía, pero ya se estaba confabulando una fuerza poderosísima, confeccionada con plegarias y salmos, con peticiones que traspasaban cualquier frontera y razón humana, para convertirse en el auxilio que declamaban sus bellos ojos azules. Ignoraba que había corazones abiertos que oraban ya por ella, aún sin conocerla, y que ponían en manos de María, la Toda Santa, sus preocupaciones y dilemas. ¡En quién mejor que en Ella, que había llevado en sus entrañas al Todopoderoso, al Hijo del Hombre que vino a redimirnos y señalarnos el camino de la vida nueva para auspiciar su protección! Ignoraba, en la debilidad de su niñez, que por la Magdalena, en esta ciudad, se arribaba toda la gracia del Amparo, la protección necesaria al espíritu de hombre, la necesidad imperiosa de encontrar a Dios, que en su infinita misericordia, había concedido a sus bienhechores la gracia de la Fe. Allí, en el remanso de la

Verdad, de la **Luz** que ofrece claridad a la mente y abre las puertas al espíritu, residía la certeza de que nunca le fallaría. Dios siempre aparecía, aún en los momentos de mayor desesperación, y dejaba señales de su presencia, como ese aura que aflora, en el brillo de unos ojos, cuando los propios comienzan a enturbiarse, o en el tacto de unas manos cuando el desarraigo de la soledad enfría la sangre y cualquier gesto es una alocución salvífica, o en la dulzura de unas palabras cuando los horizontes se alejan y la ilusión es un hito inalcanzable. Ahora Dios tampoco les iba a fallar...

Margocha arribó a la ciudad con los calores de los primeros días del verano, en las vísperas de la gran alegría del **Carmelo**, cuando las calles de **San Leandro** se convierten en centro devocionales de esa Virgen que mantiene en vilo a la ciudad que entona salves con aires marinos, rezos que van deslizándose por la vertiente de **Calatrava**, y tras un sinuoso recorrido, se arremolina en las firmezas férreas del puente hasta enredarse en la cúpula pequeñita y coqueta de la capilla que anuncia las gracias a **Triana**. Tenía solo seis años. Llegaba en acogida para recuperarse de los nocivos efectos del mayor desastre radioactivo que ha conocido el hombre. Y lo primero que vieron sus ojos fue a la Virgen;



y lo primero que aprendió a decir fue “mama” y después “Macarena”. Se extasiaba cuando entraba en la basílica y, venciendo su inusual conducta educacional, imitando a sus padres y hermana de acogida, se arrodillaba ante Ella y aparentaba bisbisear las oraciones que enunciaban. Pronto inició una tarea indagatoria. “Papa, la Virgen buena”. Y aquel hombre trataba de contestar, con palabras sencillas, con el fin de acortar las diferencias idiomáticas, que en Sevilla, la Virgen además de ser buena intercedía por nosotros ante el Todopoderoso, que era el puente para poner en práctica el mensaje del evangelio y configurar la certeza de sus bienaventuranzas. Se esforzaba en hacerle comprender, que las imágenes, que ella veía distintas, con rostros bellos pero diferentes, representaban a la misma Madre, a la misma Angelical criatura, a aquella Niña de Nazaret que había puesto su vida al servicio de la redención del género humano sin ningún pretexto, sin preguntar y sin exigir. Que la Virgen del **Carmen**, que salía en procesión, aquella tarde de **San Gil**, que recorrería el arrabal de la Macarena llenando de misericordiosa alegría las calles de la feligresía, era la representación dichosa de La que moraba en el cielo, aunque nada tuviera que ver figurativamente con aquella

otra hermosura que nos cruzamos, al pasar por **Santa Catalina** y que era aclamada como Reina del Carmelo. Para la niña, aquello era un conflicto de emociones. No llegaba a entender cómo, prácticamente en cada barrio, en cada parroquia, se veneraba y daba culto a una imagen diferente, con rostro diferente y ataviada de manera diferente, porque en su país solo se rendía pleitesía a una, con un modelo iconográfico muy semejante en todos los templos, y eso en el mejor de los casos, cuando la intolerancia y la persecución religiosa lo permitía.

Poco a poco, con el paso de los años, comenzó a comprender que lo importante, lo verdaderamente trascendental, era querer a la Virgen, fuera cual fuera su advocación, y que el semblante, tal como le afirmaba su hermana acogida, que curiosamente también se llama Margarita, como no se sabía exactamente cómo era el verdadero rostro de María, cada cual la representaba con la efigie de su madre y aquella explicación logró convencerla.

Al siguiente verano llegó con una nueva inquietud. Quería bautizarse. Quería ser católica. La petición dejó confundida a su familia de acogida. Pensaron que era una forma

de atraerles emocionalmente. Pero conforme pasaban los días, insistía en sus propósitos. Quería ser católica, repetía a cualquier oportunidad. Así, ante la denodada e inquebrantable actitud, iniciaron los trámites para que aquella niña consiguiera acercarse al verdadero sentir, a Dios que nos premiaba con su presencia, con sus travesuras y sus muestras cariño. Y un día llegaron a Santa María la Blanca. Entraron y se postraron ante el altar de la Virgen. La niña levantó la vista, tras el rezo de un ave maría, que era la oración más bonita, decía, y se encontró con la dulzura de María. “Papa, la **Virgen de la Nieve**”. Quedaron estupefactos con la aseveración. Era la primera vez que entraban en aquel templo. ¿Cómo pudo reconocerla? Y más aún con tanta certeza. “Papa, blanca y bonita como yo veo en la nieve de Bielorrusia”.

El sacerdote dejó a los padres en el patio de la casa parroquial e hizo pasar a la pequeña, sola, a su despacho. Los motivos eran claros. Aislada de la protección, no podrían sugerirles las respuestas. A las preguntas, supieron después, la niña contestaba con absoluta seguridad, con franqueza. Creía en Dios. Y conocía a Jesús porque su hermana, durante todo aquel tiempo, en aquellos veranos anteriores,

la había ido instruyendo en los principales y cardinales misterios de la fe, en las esencias del evangelio. Sabía rezar y el párroco lo comprobó. Conocía la figura de la Madre de Dios y sabía, que el Niño que portaba en sus brazos, era Jesús, el Salvador, el Resucitado que nos entregaba el mejor don, la más grande fortuna: la del amor y la misericordia. Y fue desgranando sus vivencias, el desarrollo de su creencia, ante la estupefacción del sacerdote. Y las palabras, enunciadas con recortes sintácticos propios por la dificultad de una lengua extraña, fueron descubriendo cómo se embelesaba viendo a la Virgen de la **Anunciación**, entre las arboledas y las casitas de Juan XXIII; a la Virgen de **Valvanera** cuando recorría las calles de San Benito, o cómo se recreaba viendo a la **Virgen de la Alegría**, cuando transitaba por las estrecheces de San Bartolomé; o aquella otra, **la Pastora Divina de las Almas**, que recorría san Lorenzo y llegaba cadenciosamente hasta la basílica donde reside el Poder de Dios; o a la **Virgen de los Reyes**, que en el amanecer de la medianía de agosto se presenta solemne y majestuosa, mientras su sonrisa aletea en el aire transparente para llenar de gloria los perfiles de las mejores y más antiguas calles, insuficientes para contener la ingente multitud que baja del Aljarafe o peregrina desde

los Alcores para rendir pleitesía de amor ante la primitiva veneración que llegó con San Fernando, donde los devotos hincan las rodillas a su paso y los nardos mantienen en alerta los sentidos de los sevillanos hasta que se convencen de que no hay más grande esplendor que esa alegría que proviene del cielo, esa belleza que trasmina el alma hasta convertirla en clamor de amores; o como le gustaban las Vírgenes pequeñas como la de Montemayor, o la del Pilar, la del Buen Aire o la Virgen de Guadalupe o esencialmente la de la Cabeza, porque le recordaban a su abuela, la única persona que le dio besos en sus primeros cuatro años de vida. El sacerdote no daba crédito a lo que escuchaba. Hizo pasar a los padres y hermana de acogida, para hacerle la pregunta esencial delante de ellos. “¿Tú quieres mucho a la Virgen, a Jesús y a Dios?” “Sí” contestó de inmediato. “¿Y por qué quieres bautizarte?” volvió a preguntar el canónigo. Margocha guardó silencio. Durante unos segundos surgió la duda entre los testigos y el cura. Pero la niña respondió con seguridad y contundencia. “Porque podré tener SIEMPRE cerca a la Virgen, a su Hijo y a Dios y ya nunca MÁS volveré a estar sola”.





*Los caminos de la vida*





## LOS CAMINOS DE LA VIDA

**C**ruzó el umbral del zaguán y los ecos de sus pasos fueron ensombreciendo la alegría pasajera, la euforia de un momento ansiado y que ahora se envilecía con un hito de tristeza. Como había hecho, durante toda su vida, las puntas de sus dedos rozaron el viejo azulejo de la devoción antigua, incrustado en la pared encajada, vencido el albor original por el paso de los años, que reproducía a la Chiquita. Notó cómo volvía a llenarse de su Gracia y experimento una sensación nueva al tacto con la cerámica gastada. Tantos años, tantas veces realizando el rito y hasta aquel preciso instante no se había percatado del desgaste devocional, cómo la cerámica retenía los millares de peticiones, cotidianas y sencillas, en el propio desluci-

miento original. Ya apenas se distinguía su cara, pensó. Era el último en abandonar la vieja casa de vecinos. No volvió la vista atrás para no convertir sus recuerdos en estatuas de sal. Pensó que aquel destierro vendría a significar el declive de la memoria, la laminación de los sueños que el tiempo se había encargado de ir configurando. No entendía su vida lejos de aquel paraje donde habían transcurrido sus últimos sesenta y cinco años; donde los condicionamientos sociales fueron desangrando su infancia, donde conoció a la niña de ojos verdes que nublaron sus ojos para no ver más que lo que ella veía; donde corrieron sus hijos, donde los atisbos de las penas se convalidaban con sonoras alegrías y donde la solidaridad vecinal se aclaraba y atestiguaba en la mejor acepción del término. Allí mismo, en aquel patio ahora solitario y prendido de las ausencias, había dado sentido al evangelio, no por memorizar sus pasajes, sus versículos, sino por ponerlos en práctica con quienes tenía a su alrededor. Su mundo, del que ahora le expatriaban, mantenía fronteras en los cuatros muros de aquella vieja casa de vecinos que se quedaba vacía por mayo, dejándola a la guarda del rumor de una fuente, porque las familias se tiraban a los caminos, a las polvorientas veredas marismeñas que

conducían a la ermita del Rocío, tras un Simpecado que era constantemente aclamado y donde las oraciones mantenían en vilo el alma, el ansía por llegar al destino, esa ambición por arribar al santuario y postrarse a las plantas de la Madre de Dios, ante ese Niño que albergó en sus entrañas, aun siendo **Pura y Limpia**, concebida sin macha del pecado, para traer al mundo la alegría de la vida nueva, la promesa de la gloria para todos, el Mesías que prometiera Isaías al rey Ajaz “He aquí que una Virgen está encinta y va a dar a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel”, una profecía que se iba a confirmar con la hermosura y fidelidad de la palabra, diecisiete siglos después, en el postigo del Aceite gracias al amor de unos hombres que vieron en María un referente, una solución a sus problemas espirituales, porque les acercaba a Dios, y que les ayudaba a entender que la misericordia brotaba de la Palabra y que ella sería el cauce para lograr la justicia en el mundo. Familias enteras al encuentro con la Verdad, en busca de esa **Candelaria** que iluminaría sus vidas, distinguiendo que la fe es el principal sostén del hombre, que tras los estrépitos de los cohetes y los cantos, se escondía el misterio y la preciosidad del mensaje del Señor; padres transmitiendo lo que a ellos les

fue conferido por sus ascendentes; el reconocimiento de la Mediación de la Virgen, palabras unguadas al corazón, meditaciones sencillas expuestas al calor de la lumbre que iban moldeando las almas puras de los niños; o rezando, con el sopor aprehendido todavía al rostro, el Santo Rosario frente a la carreta de plata, antes participar en la misa que se abría a la madrugada entre los cantos de los pájaros y el tenue susurro de la brisa de la mañana. Así había descubierto la grandeza de Dios y que el amor y la misericordia manaban de su Providencia.

Salió a la calle. Tras él se enterraba gran parte de su memoria. Alguien cerró los portales de la vieja casa, cercenando una gran parte material de su vida; con él salía todo el amor hacia el Todopoderoso, unguado en aquellos muros que contemplaran sus existencias, toda la magnanimidad con la que fue instruido y que intentó transmitir, por las gracias que le fueron concedidas por ese gran poder que mana del Espíritu Santo, por la actuación, siempre acertada y oportuna, que obraba en su alma las **Maravillas** de María. Ya no le importaban aquellas circunstancias que variaban sus costumbres vitales; ni aquellas promesas llenas de progresismos acatetados que le fueron implantados y que

subyugaban razonamientos sobre un bienestar que venía adjunto a la prosperidad por la que tanto habían luchado, el regalo al esfuerzo por la consecución de una vivienda digna durante muchísimos años. Aquello llegaba tarde, con el retraso de la imposición de las ausencias, con la merma de la presencia de aquella mujer con la que pasó casi toda su vida. Era tarde porque los sueños que no se comparten con quién se quiere, con quienes fueron engendrados, con quienes te quieren, se prenden y consumen en la desazón de la peor nostalgia. Era tarde porque no podía asirse del brazo de Esperanza, su mujer, y atravesar juntos la calle Castilla y luego el puente, deambular por las calles de la vieja ciudad para llegar, con las últimas luces de la tarde, con las prisas arrinconando los primeros fríos de noviembre, hasta las puertas de *Omnium Sanctorum*, y ver salir el cortejo, y luego a la *Virgen de Todos los Santos*. ¡Qué devoción más extraordinaria! ¡Qué compendio de sensibilidades en la magnanimidad de un rostro! La emoción rebozaba por cada uno los poros de su piel mientras en los labios de la mujer se musitaban, una y otra vez, las oraciones, los rosarios, y una petición que jamás pudo llegar, su esposo, a desentrañar. La acompañaban por la calle Feria. Él en silencio, a su lado,

observándola, cambiando los caminos de las arenas por las irregularidades de los tramos adoquinados; ella embelesada por la dulzura de aquel rostro que le había robado el corazón cuando la mano materna la acercaba hasta su altar, en los años en los que vivieron en la Macarena, y una voz suave y delicada, le musitaba que aquella era la Madre de Dios, la Bienaventurada, la bendita Mediadora, y que aquel Niño hermoso era el Cristo, el Redentor, el que todo lo puede y todo lo entrega. En la infancia quedó prendado aquel mensaje que se reflejaba en el semblante pleno de dulzura que mantenía en vilo sus expectativas, a Quién pedía cuando los hijos enfermaban, cuando las circunstancias laborales se estrechaban porque las peonadas en el puerto eran cada vez menores y la escasez convertía la cotidianidad en un supremo ejercicio de supervivencia; a Ella encomendó el alma de su padre, y luego la de su madre, para que disfrutaran del descanso eterno junto a Dios, en aquellas marismas que otros hermanos buscaban desde la Macarena. A Ella, a la Virgen hermosa de Todos los Santos, encendía Esperanza, cada mañana, sin faltar ninguna mientras vivió y las fuerzas se lo permitieron, una mariposa que flotaba sobre una marea de aceites. La luz para quien diera la Luz al mundo, susurraba

mientras prendía el pequeño pabito. Ya era tarde. Porque no volverían nunca a atravesar aquel umbral para ponerse delante la **Virgen del Rosario**, que asumía el patronazgo de los capataces y costaleros, mientras transitaba por las inmediaciones de San Jacinto, ni encontrarían el **Auxilio de la Niña de Nazaret**, sentada y sosteniendo al Rey del cielo y la tierra, que recorría la feligresía trianera, expandiendo el mensaje más hermoso jamás concebido, a través de la obra de uno de los hombres más buenos que han nacido, el protector de la infancia, el constructor de vidas ancladas a la Salvación a través de la pedagogía, la formación y la preparación: **Don Bosco**; o la alegría desmedida de las carretas que salían desde el **Salvador** y que acompañaban hasta las últimas lindes de Sevilla. Era tarde porque no llegó a ver cómo desde el **Cerro del Águila**, desde la Macarena o desde el **Sur** de la ciudad, se abrían nuevas rutas para llegar a la Blanca ermita que se eleva en las mejores marismas. Ya era tarde, muy tarde, porque los ojos verdes, los ojos que iluminaban su propia existencia, que daban razón a su vida, fueron apagándose vencidos por la maldita enfermedad sin que pudieran ver el fruto de su lucha por la consecución de un mundo mejor, más justo y más equitativo en sus poderes. Y cuando se alejaba de aque-

lla fachada desconchada y desvencijada, sentía que le habían fallado, los hombres, le habían fallado.

Conforme sus pasos ponían distancias, la emoción y los recuerdos se adocenaban en su interior, fluían y deambulaban, de un lado a otro de su mente, para rebelarse, para instaurar en la razón que nos fue concedida desde lo más alto, una única certidumbre. La vida es imposible vivirla sin Dios. Sin Él hubiera sucumbido a la tristeza, habría naufragado en el mar de la melancolía y cualquier atisbo de algarabía hubiera perecido, arrasado por el desánimo, al menor contratiempo. Sin Cristo, sin su latente presencia en el interior del Sagrario, sin su **Sagrado Corazón** mostrándosele abierto al amor de su misericordiosa doctrina, la amargura hubiera socavado y destruido cualquier indicio de **Alegría** y las lágrimas hubieran secado los pozos del júbilo. Dios, en su infinita misericordia, le había procurado la paz necesaria para amainar el desconsuelo que había amenazado con atravesarle sus sentidos y comprendió, en aquel preciso instante, que era su más importante sostén, el **Pilar** donde se fijaba su entereza, donde se elevaban los cimientos del amor, la **Hiniesta** que florecía en su voluntad para robustecer la debilidad, el arma que blandía para defenderse de la



incomprensión del dolor, la semilla que fortalecía y germinaba el hermoso Prado que la angustia quería convertir en páramo, retraer las emociones que venían prendidas desde la venera riojana de Valvanera. Y todo ello, absolutamente todo, tenía una protagonista excepcional. La Virgen. Aquella imagen pequeñita, incrustada en el centro del simpecado, había obrado el milagro de su aproximación al Padre, al Todopoderoso, desde el primer día, desde el mismo instante en el que emprendió su primer camino de la mano de su madre, que siempre lograba situarse junto a la carreta de plata. A Ella era a quien había dirigido sus rezos desde su más tierna infancia, a Quien había elevado sus plegarias y peticiones para desbancar cualquier mal, a quien se aferraba, en sus momentos de desasosiego, para que mediara ante el Rey de Reyes, ante el Niño Bendito que sostenía entre sus brazos. Ella, Patrocinio de su alma, susurraba al oído del Divino Pastorcillo aquellas súplicas y Él concedía los parabienes para implantar en su rostro la alegría y en su ánimo la gloria del Espíritu Santo. La Virgen, al contrario que los hombres, no le había fallado. Siempre estuvo a su lado. Siempre que le pidió, le oyó. Ella, tan pequeñita, se había bastado para poner en retirada a la soledad, para romper el

cercos que había intentado establecer la melancolía. María, protectora de **Desamparados**, la **Divina Enfermera** que sana toda herida, había permanecido siempre junto a él.

Al llegar al Altozano, el hombre se sintió con fuerzas, volvió la mirada hacia la embocadura de la calle Castilla, ese cahíz de la tierra donde los ojos de la misericordia, la tarde de un viernes santo, transmutan en azul cualquier oscuridad humana, y mantuvo la certidumbre de que iniciaba un nuevo camino en su vida y reconoció, en aquella nueva configuración del paisaje, las polvaredas que servían de pentagrama al clamor coral de las oraciones, el estruendo de los cohetes que anunciaban la buena nueva de la Salvación del hombre, los rigores del trasiego y la fatiga por alcanzar las plantas de la que es Madre de Dios, ese mar de sombreros que taladran el aire de las marismas e inscriben los nombres y peticiones que albergan sus cintas en las sombras que se reflejan en las paredes de la ermita. La Virgen del Rocío, como la vieja medalla que colgaba en su pecho, se había adueñado de su ser y curtido, con la plata de la misericordia, su corazón y sus emociones, esas que se focalizaban en la esencia de la fe y que nuclea el comportamiento de todo cristiano, era su razón para vivir, para comprender que no hay senderos que

no sean marcados por Dios, ni mejor acompañante, para el último camino, que la Virgen, la Todasanta, mientras los seres queridos que nos precedieron en el tránsito, aclamarán y proclamarán su bendito nombre en la misma puerta de la gloria y gritarán, exaltados por la exultante alegría del reencuentro, de Su presencia real entre ellos, alfa y omega de la alegría de la vida nueva y eterna, el himno con el que se distinguieron y significaron en la tierra, porque en él encontraron un sentido a sus vidas: ¡viva la Madre de Dios, Viva la Virgen del Rocío!





*La Salud del mundo*



## LA SALUD DEL MUNDO

**I**ntentaba seguir viviendo del esplendor del antiguo linaje, del blasón que continuaba enseñoreando el pórtico de la casa familiar. Quienes le conocían lo tenían por persona de bien, distinguido en sus manifestaciones, correcto en el habla y el trato y elegante en el vestir. Presu- mía de su condición de católico practicante. Era frecuente verlo, y participar, en los actos religiosos que se celebraban en la parroquia y los templo de su barrio, que era su patria, un mundo demarcado por las calles antiguas que mantenían el secreto de sus vivencias; un perímetro que casi no había abandonado en su vida, con las excepciones de cuando iba al fútbol, a los toros o la feria, o como aquella vez que se

dejó convencer y viajó con el Betis hasta Tíblisis y pasó tanto frío que juró no volver a salir de Sevilla en la vida. A lo más que llegaba era a la Ronda, para participar en la vela eucarística que promovía la **Hermandad de San Hermenegildo**, de la que era hermano de facto que no de pago. Era un sevillano clásico y no lo disimulaba. Ni quería. Sus amigos, por mor de gastarle bromas, que él luego se cobraba en consumiciones en la Bodega de San Lorenzo, y reírse con su petulancia, le hablaban de las hermandades letíficas de **Torreblanca** y **Claret** y él decía que eso estaba muy bien, que eran precisas y necesarias, pero que aquello estaba demasiado lejos y que lo más que les acompañaría, era a **San José Obrero**, por honrar la memoria y el nombre de su padre. Pero más allá, no.

Eugenio trabajaba en la sucursal de una caja de ahorros, situada en el centro de su barrio, y no había ascendido profesionalmente por mor de no verse sujeto a traslados y, por ello, le costaba asumir el estudio y el esfuerzo que requería la preparación para opositar. Con la herencia de sus padres y sus labores de cajero, le bastaba. Tenía lo suficiente para vivir y no aspiraba más que a la consecución de la felicidad y de que los suyos también lo fueran. Los íntimos mantenían



la guasona tesis de que tenía aún las vértebras con el precinto de garantía. Pero él hacía oídos sordos a los perniciosos comentarios porque aquella posición laboral le permitía dedicarse a su pasión. Las cofradías. Especialmente a las de gloria. Pertenecía a las hermandades de su feligresía. A todas. Acudía con solemnidad a sus cultos y era frecuente verle, con el cestillo, realizando la colecta que él mismo se encargaba de iniciar. Su amor era la Virgen y a Ella dedicaba todo su tiempo. Incluso llegó a involucrarse con las corporaciones engrosando las filas de sus juntas de gobierno cuando fue requerido. Fue secretario de la **Hermandad de Araceli**, como lo fueron su padre y su abuelo, vinculados a la devoción mariana por su ascendencia lucentina, y con cuyo trabajo consiguió perpetuar la cofradía y hasta logró que se realizara su procesión. En la hermandad de **la Virgen de la Sierra** fue mayordomo. Era la cofradía de su madre, egabrense en origen, porque lo eran sus abuelos, que ella nació en Sevilla, aclaraba cuando se reunían en cabildo de oficiales y le recordaban, con cierta ironía, su procedencia pueblerina. En la de **la Virgen de los Reyes, de los Sastres**, formó parte de su junta de gobierno durante más de treinta años, en los periodos de decadencia hasta situarla en su me-

jor momento de esplendor. En san Ildefonso rezaba cada día ante la Madre, la que es Reina del Cielo y la Tierra. Le gustaba la intimidad de aquel templo, el retiro que procuraba el silencio eclesial, las campanillas del convento próximo anunciando la oración y, sobre todo, la cercana presencia de la Virgen fernandina, con el Niño hermoso sobre su regazo, y en la semipenumbra de la capilla recordaba las historias que le contaba su tata Eduarda, en aquellas tardes de verano donde las palabras intentaban mitigar la canícula de la siesta, sobre la recuperación de la ciudad a los moros, y cómo la Virgen protegió al Santo Rey y a sus huestes en las batallas que se libraron, y que ondeaban un pendón, enarbolando el valor para guiar en la victoria, y que aquellos alfayates habían recuperado realizando un nuevo pabellón en el tiempo en el que Rey Carlos I acudió a la ciudad para contraer matrimonio con D<sup>a</sup> Isabel de Portugal, un pendón que seguía en custodia de la hermandad como evocación de los nobles procederes de los cofrades que tanto amaban a La que tenían como patrona y guía, la Divina Costurera, Ésa que da pespuntos en los corazones para confeccionar y atar al alma el amor a Dios. Un pendón que aún salía en procesión para recordar que en esta tierra se venera a la

**Madre de Dios** como Reina y Señora y es además el mejor trono donde se asienta El que tiene la Verdad inscrita en su Rostro de Niño, el que todo lo puede, el que todo lo da, el Hijo de Dios, el de la serenidad y la paz, del amor y la armonía, el Niño donde se nace a la Misericordia y el perdón, el Niño que siendo Dios concede a su madre la Regencia de su poder.

Su devoción mariana también le condujo hasta la Puerta Real, donde la **Virgen de las Mercedes** seguía cumpliendo con aquel menester que la Orden Mercedaria instaurara, para recuperar a los cristianos en cautividad, aliviar sus penas cuando eran condenados a galeras. En las delimitadas dimensiones de la capilla, se sentaba y meditaba sobre los inicios de la orden y advertía que la cautividad ahora tenía otros perfiles; la lasitud en la fe, la falta de compromiso para entender y atender el mensaje misericordioso del Buen Jesús, y que las galeras eran las nuevas tendencias sociales, los comportamientos desidiosos frente al sufrimiento del hermano, frente a la lacra de la soledad, el retraimiento y la desatención de los grandes desfavorecidos por la ambición del hombre, que no duda en superponer los intereses personales sobre el desarraigo de la pobreza. Por eso le atraía

aquella Virgencita. Porque le acercaba mucho al Dios que impone la bondad y la misericordia. Le acercaba a Dios tanto y tanto le sobrecogía el pequeño crucificado al que daban culto en la capillita lateral, que en septiembre vestía sus mejores galas para acompañarla en el itinerario de su procesión. Jesús, el mismo que llevaba María en su corazón, con la alegría de la maternidad, con la exultación del más preclaro amor filial, se había desprendido de Ella y aparecía entregado al horror del patíbulo por amor, un sacrificio que prometía la redención del hombre. Le conmovía aquella contraposición, la generosa entrega del Hijo del Todopoderoso, inmolado por el género humano y la sonrisa de la pequeña Virgen que ofrecía la merced de su mediación.

Pero su hermandad, la que había elegido para concretar una misión especial, la que le llenaba el corazón para fundamentar su condición de cristiano, para hacer realidad el mandato que provenía del mensaje de Cristo, era la Salud. En la Costanilla encontró el sendero por el que encauzar su vida. En aquella corporación mariana, tan antigua, tan verdadera en el cumplimiento de sus fines nominales, materializó la obra que le fuera encomendada desde la divina Providencia, un cometido que pocos conocían porque se había

preocupado de guardar en secreto. Que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu mano derecha. Solo la Virgen y el Niño, conocían los fundamentos de sus actuaciones. Era su hermandad y sin embargo, en la única cofradía en la que no salía, en la que no portaba su cirio en la tarde de mayo, cuando los cielos se abren en azules y empiezan a enseñorearse las horas hasta convertirse en noche. No procesionaba porque cumplía la obligación de la regla de la mejor manera, aplicando el dictamen evangélico del amor desde la humildad y la confidencialidad de la que solo Dios era conocedor. A nadie le debía importar lo que viene encomendado desde las alturas. La felicidad no radica en el conocimiento de los actos por los demás. Basta con que lo sepa el Señor, porque lo que sabe Dios es premio y recompensa suficiente, y solo a Dios le corresponde atribuirse el otorgamiento de beneficios. Eugenio acompañaba a enfermos, que no tenían familia, en hospitales. Personas desconocidas y desahuciadas por la ciencia, acechadas por la soledad, asediadas por el silencio, por la frialdad de una habitación de un centro sanitario, donde las alegrías y las glorias brillan por su ausencia, donde la mayor gratificación, para quienes pasan noches aisladas por el sufrimiento y el dolor, llegaba

de la voz de aquel hombre que mantenía en su faz la sonrisa del Niño que otorga la Salud y sana con la simpatía que expande, acogido al divino seno maternal, por el barrio de la Costanilla. Eugenio pasaba sus noches leyendo para ellos, hablando hasta que quedaban dormidos, o relatándoles las historias que dulcificaban el sufrimiento, o tomándole de las manos cuando el dolor se hacía insoportable, o compartiendo sus ilusiones y transmitiéndoles la Esperanza de ver cumplidos sus sueños de sanación. Sin que nadie lo supiera, sin dar voces por las esquinas, sin buscar palmadas en las espaldas, que algunas veces se transforman en hirientes alfileres, aquel hombre se convertía en cirineo de los dolores de sus hermanos. Sin buscar reconocimientos, Eugenio llevaba el amor de la Virgen donde más falta hacía. No concebía que esta ciudad se hartara de proclamarse como tierra de María Santísima y no se hiciera todo lo posible por acercársela a quienes más necesitados estaban. Aquellos que se reían de su inutilidad, los amigos que gastaban bromas con su condición, ignoraban que pasaba madrugadas junto a enfermos, velando sus sueños, ayudándoles en los últimos momentos, apretando sus manos para que la soledad no se convirtiera en la última compañera. Y cuando el

alba comenzaba a mudar la penumbra de la habitación en doradas claridades, Eugenio se preocupaba de poner, sobre el frío acero del cabecero de la cama, una fotito con la imagen de la Virgen de la Salud, con el Niño en sus brazos, y creía advertir que el Chato de la Costanilla, el que reparte alegría y repone felicidad en el corazón de los hombres, venía a engrandecer esa sonrisa en la que se fija la eternidad, el paraíso que nos espera, porque estaba cumpliendo con lo que Él dejó dicho, palabras que Pablo, el converso al amor, puso al entendimiento de todos y que Eugenio quiso hacer suyas: “Pensad: el que siembra con misericordia, misericordia cosechará; y el que siembra con abundancia, cosechará abundantemente. Que cada uno dé lo que le dicte la conciencia; no de mala gana o por compromiso, pues Dios ama a quien da con alegría”.

Y eso es lo que sucede en la Costanilla, que se ofrece con alegría lo que el Señor nos concede, con la Virgen de la Salud y el Niño que mantiene en vilo el corazón de los hombres buenos que le rinden pleitesía, que atienden a la llamada, que se complacen en cumplir con su compromiso de llegar a ser buenos cristianos. Id a san Isidoro. Postulaos frente a la reja de la Capilla. Veréis cómo cuanto hace Euge-

nio se espeja en la carita hermosa, socarrona, benevolente y luminosa del Chato indicándole a su Bendita Madre que se cumplen sus preceptos y que Él es del mundo la Salud.





*Soy de Sevilla*



## SOY DE SEVILLA

Cuentan que en la memoria de los más viejos del lugar aún retumban las palabras y suenan los ecos de una gran dicha, de un júbilo sin parangón, de un acontecimiento tan extraordinario que no hay tiempo suficiente en el universo para referir tanta gloria ni exaltar tan grande enaltecimiento del alma. Dicen, los que aún guardan la emoción que les fue transmitida, que se removieron los cimientos de las emociones cuando se produjo el gran acontecimiento y que una voz fue anunciando, de casa en casa, de huerta en huerta, de torre a torre de la muralla, que la Madre de Dios se había aparecido, ataviada de Pastora y conduciendo un rebaño, a un pobre y humilde monje y que en su visión le fue conferido un mensaje, que

los hombres ya tenían quien condujera sus almas por las praderas del cielo.

Recuerdan quienes sueñan con el sosiego y la paz de sus almas, como heraldos de una alegría inmerecida, que aquel hombre que compartía su tiempo entre la contemplación y los quehaceres del convento, invocando a María en sus propósitos cotidianos, y que propiciaba una felicidad sin precedentes, en quienes le escuchaban cuando se refería a ello, al insólito hecho que sólo a unos pocos le he es revelado, y que ahora otros relatan, a la luz cenicienta de las tardes del otoño, esa que atraviesa el umbral de los ventanales para significar que llega el tiempo ansiado para reencontrarse con la verdad de aquel mensaje, que la Virgen se le apareció para anunciarle que todo tenía sentido, que desoyera las voces, y así lo trasladara a sus hermanos, de quienes vertían la falacia sobre el vacío más absoluto tras la muerte y que al hombre, solo le esperaba la oscuridad, la nada. Dicen quienes recibieron el legado, que sentada sobre un risco y a la sombra de un granado, la dulzura de la voz avanzaba la ventura de una vida nueva, sin el miedo de la mentira que anunciaban el despropósito del abandono por Quién más nos quiere, que Ella, la Toda Santa, la Bienaventurada, la

divina portadora de Esperanza también era la Pastora de nuestras Almas.

Sucedió aquí en Sevilla, en un monasterio circundado por solariegos campos y fructífera huertas, donde la claridad del aire fue transmitiendo el pregón de la gran noticia, donde el eco fue convirtiendo en verdad la visión de fray Isidoro hasta traspasar el corazón de los hombre y hacer presente el mensaje de Cristo, por medio de su Madre, de que ningún alma se vería en desamparo cuando los llamase el Padre, que todos tendrían un lugar en la eternidad, un lugar en el paraíso donde gozar de la inmortalidad, sin importar su condición, ni la ascendencia, que todos serían llamados a formar parte en el redil que tiene como Pastora a la que es Madre de Cristo. Aquí, en la ciudad que aclamaba la condición más Pura de la más Pura de las mujeres, nació y se extendió al mundo, la devoción mariana que resuelve las dudas del ser humano, que transmuta en verdad absoluta el hecho incontestable de que tras la muerte hay una vida segura y plena, que la eternidad será gozada por quienes forman parte del refugio que les defiende de la temida oscuridad, de que en los campos celestiales encontrarán la paz los que no la tuvieron en la tierra, la heredad de la felicidad

los que fueron desheredados por sus propios congéneres, que allí, donde la Virgen habita y cuida de los hijos de su Hijo, convertida en Divina Pastora de las Almas, en Bendita guardiana y guía del rebaño que pace y se nutre de la Esperanza, serán consolados a los que se les infringió el azote de la tristeza; que en las praderas de la eternidad, donde pasea María observante y atenta, podrán apacentar y serenarse quienes fueron abocados a la desigualdad y a la injusticia por la iniquidad de los propios hombres; que donde el horizonte siempre mantiene en vilo la luz que mana de los ojos de la Niña de Nazaret, serán acogidos y confinados en el redil de la salvación proclamada, quienes mantuvieron limpio su corazón sin importarles que fueran anunciados como necios por el hecho de querer servir a Cristo; que en los campos sembrados con la misericordia y el amor, descansaran quienes no dudaron en entregar su vida por no renunciar al nombre de Jesús, el Resucitado, el verdadero Dios que se inmoló por redimir al género humano; protegidos por el manto maternal de María, reposarán quienes obraron con misericordia, quienes no vacilaron en servir a los menos favorecidos, en los que reían mientras ofrecían su mano para otorgar el perdón a los que les ofendían o les hirieron; en

el cielo, junto a la Divina Pastora, encontrarán la alegría y el regocijo de la recompensa quienes fueron negados, vilipendiados y desairados por quienes se creían superiores porque fueron agraciados por la fortuna material y obviaron el ejercicio de la piedad y la compasión con quienes fueron designados pobres por la sociedad, porque vieron en su condición un motivo para su desarraigo.

Todo eso, aseguran las crónicas antiguas, las recogidas en los libros, las palabras que fueron de voz en voz, recorriendo siglos y acortando tiempos, fue lo que vino a referir la Pastora de las Almas, la Virgen mediadora siempre, cuando se apareció a Isidoro, el monje sevillano, que emprendió prontamente su propagación en su entorno con una labor entusiasta, vigorosa y alegre, que es la manera con la que se advierte el gran amor a María, para convertirse en la devoción mariana con origen sevillano más extendida en el orbe católico.

Siglos después de la confirmación del anuncio de la salvación de la almas, a través de la Santísima Virgen, mediadora entre Cristo y los hombres, sigue profiriéndose el mensaje que tiene como culminación la Esperanza, la plenitud de una vida más allá de la muerte.

La ensoñación que quedó prendida en el corazón y el alma de la ciudad, recorre las calles de la feligresía de San Juan de la Palma, y hay clamores y se elevan cánticos desde la calle Amparo, para recordarnos que la vida no tiene sentido sin la expectativa de una existencia perenne junto al Dios misericordioso, que nos ampara y protege. La Pastora Divina de las Almas, la Virgen que mantiene unido al rebaño que congregó Quién resucitó de los muertos, Quién nos otorgó la alegría de la eternidad, congrega en torno a Ella el fervor de sus hijos y recoge las plegarias, y las oraciones y las peticiones en los primeros días del otoño, cuando las palabras atraviesan los siglos y se postran frente a la puerta de la capilla del antiguo hospital de los Viejos que retiene, como antes se guardara y preservara en Santa Marina, la devoción sevillana de la Madre de Dios y recuerda que en esta ciudad se proclama, con alegría inmensa, con salmodias, con cánticos exultantes, con el boato y el esplendor que se merece la Toda Santa, que se presentó para infundir en el corazón de sus hijos esa alegría inmensa que lleva congénitamente el mensaje de amor más grandioso de la creación, del que todos participamos y al que somos invitados a asirnos, a no temer perdernos en la oscuridad del pecado,



porque tenemos guiándonos, por las sendas de la Verdad, a la Bienaventurada, a la elegida por su humildad y su entrega sin fin, y que se presentó ante Fray Isidoro, el monje sencillo, para decirle que Ella era la Virgen y que había elegido Sevilla para proclamar su condición como Divina Pastora de las Almas.





*Rosario de la  
alegría*



## ROSARIO DE LA ALEGRÍA

**R**ecorrían, con extremada celeridad, las calles que perimetreaban los lugares donde se guardaban aún las mejores esencias de las huertas, espacios hundidos en la memoria porque ya no existían, donde alternaban el aroma de los limoneros con los efluvios de la tierra mojada anunciado las épocas. Buscaron en el umbral de la gran puerta, la única que quedaba en la ciudad, la añoranza, los instantes imperecederos de la infancia de la mujer, de aquellos días en los que las alegrías llegaban prendidas de la modestia y la austeridad, donde la importancia residía en compartir los escasos bienes y dar gracias a Dios, cada noche, por haberlos podido disfrutar.

Historias de la bondad que tantas veces le había contado quien ahora le guiaba de la mano por aquel enrevesado sendero sentimental, emociones que se transportaban a la atmósfera de un humilde comedor enfrascadas en la pedagogía de las palabras, en el ritmo cadencioso que marcaban las cuentas de un rosario mientras una retahíla de jaculatorias terminaban con la bella invocación a María, “Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea”. El niño había aprendido la oración de la Virgen al mismo tiempo que rompiera los silencios y las miradas de gozo con los primeros sonidos brotando de su garganta. Porque lo esencial para la madre, y ante todas las cosas, era que conociera a Dios, reconocerlo en las personas que los rodeaban, ignorar el ninguneo y el menoscabo de los hermanos que sufrían, que necesitaban, que padecían, que los hacían caer en la vulgaridad de la sociedad mediatizada por un mercantilismo brutal. Debía reconocer la misericordia en su corazón y asumirla como un deber que proyectar hacia los demás. Y fue en el amor a María donde la encontró. La Madre de Dios como vínculo para restituir el perdón en la conciencia de quienes se creen asistidos por la verdad mundana, para presuponer que la única perfección procedía del Creador y que la única forma

de redimirse del pecado de la soberbia residía en el rezo, en la búsqueda del perdón, en encontrar durante el día esos minutos en los que la soledad se transformaba en coraza para aislarse del mundo y conectar con Dios, en bucear en la conciencia, en restablecer la bondad y la paciencia para acercarse al verdadero mensaje de Cristo, convertirse en heraldo de la Verdad única que hace libre y feliz al hombre. Así se lo enseñó su padre a ella. Así aprendió de su madre, humildad y sencillez en sus pronunciamientos, que bastaba con volver la sillita de enea para que se transformara en sencillo reclinatorio y toda la solemnidad de la oración quedaba inmersa en el recogimiento de aquella estancia que presidía un cuadro con la imagen de la Virgen de su devoción, llevando al Niño dormido sobre sus hombros.

El tiempo se había confabulado con la vehemencia de la celeridad y parecía que las horas se licuaban conforme la ansiedad se acrecentaba, conforme se acercaban a su destino, al encuentro con la Toda Santa, con la Bienaventurada, con la divina portadora de la Esperanza, La que alivia toda pena. Por eso aceleraron el paso. El niño, asido de aquella mujer que lo llevaba de la mano, aún no comprendía que era rehén de la memoria de su madre, que por sus venas corría

una herencia que los años desgajarían a su entendimiento y posiblemente significaría su más importante y preciado tesoro. Las luces de la tarde venían a restituir las emociones, el sentimiento que era incapaz de huir porque se había apresado al mismo corazón. Para aquella mujer ahora, volver a pisar las calles de su infancia era restituir su pasado, recuperar el único y verdadero acervo, las pertenencias que nadie podía arrebatarse porque se incrustaban en lo más profundo del ser, las palabras que llevaban a la piedad y a la bondad a través de la oración. Los misterios en la cuentas de un rosario eran una razón de vida.

Sabía que en **San Julián** y en la **Magdalena** ya se había instituido, siglos antes, aquel rezo que glorificaba los misterios de la Virgen; que en el **Arenal**, desde antiguo, se repetía la misma oración cuando los marinos salían para engrandecer y expandir el mensaje de la Redención en las nuevas tierras; que más allá de Triana, en los límites de la ciudad, en el barrio **León**, la retahíla devocional se habían renovado, con un vigor inusitado, aquellos Rosarios que se entonaban, centenares de años antes, en los **Humeros**; o las preciosísimas jaculatorias que se coreaban en **Santa Catalina** y en **San Vicente**, para ensalzar las Glorias de María,



aquella hermosísima plegaria que guardaba intenciones y súplicas en cada una de sus cuentas. Sabía que aquella enseñanza, aquella instrucción teológica de su padre, no era un hito personal y sí universal, que millones de personas, en el mundo, invocaban su nombre para mediar ante el Hijo. Claro que lo sabía. La Iglesia es una y atendía y obedecía sus preceptos con rigurosidad. Pero para ella, para aquella mujer que ahora apresuraba sus pasos, junto a su hijo, para recortar espacio y tiempos a la misma física, en las primeras horas de la tarde de un domingo de octubre, la Virgen era el engranaje perfecto para acercarse al Todopoderoso, a Quién todo lo puede, al Dios Omnipotente, el Misericordioso, aunque ahora figurara pequeño, dormido y desvalido sobre sus hombros.

Y llegaron al destino, al Arco que tiene nombre de Virgen y donde la Virgen se hizo Macarena. Y los pasos se transformaron en quietud, en serenidad recogida en la certeza de un encuentro inevitable y maravilloso porque la Madre de Dios, la Virgen preciosa del Rosario, se presentaría en el santuario de su paso para recordarles que cualquier sacrificio, cualquier derroche de misericordia, no caería en el vacío del absolutismo, sino que sería premiado por Aquel

al que musitaba sus nanas, que la búsqueda del amor sería con amor pagado. Allí frente al espacio donde hubo huertas, donde naciera la devoción a la Virtud que ponía Esperanza en los corazones de los hombres para que la felicidad reinara sobre cualquier negra vicisitud. Allí donde la vieja puerta, de la muralla antigua, se transformó en el Arco donde es derrotada la tiniebla porque en el templo inmediato habita la Luz que desmiembra oscuridades e impone compasión donde el hombre intenta mantener la intransigencia, clemencia donde se intenta instaurar la intolerancia y absolución para quienes son condenados con la injusticia.

Allí, en el arco que es acceso al paraíso, coincidían todos los sentimientos en forma de jaculatoria que se fundía en el clamor del Dios te Salve. Allí en el barrio donde se precipitan al corazón las mejores emociones, ungidos por el fervor y la oración más hermosa, atraídos por el amor a la Virgen y la sapiencia de que las virtudes del hombre se imponen a las incongruencias cuando se encuentra a Dios, confluían los sensaciones del viejo rociero, aquel hombre que poseía la gran gracia de la fe, o la sentencia contundente e irrevocable de Margocha aniquilando la soledad con la somera invocación del nombre de María, o la caridad inmensa de

Eugenio apostando por encontrar el verdadero sentido a la vida en la sonrisa del Chato de la Costanilla, o las visiones y las palabras del monje que glorificaba el mensaje salvífico del Señor invocando constantemente que el rebaño tiene dueña, tiene Pastora que guía las almas por los entramados y vericuetos senderos que conducen a la Redención. En las cuentas del Rosario, que pendían de su mano, se arremolinaba el fervor popular, la erudición de la ciudad que siempre, siempre se erigió en defensora de los dogmas de la Virgen, que alzó su voz para consagrar la Verdad única de su Mediación, de su Inmaculado Corazón y su Bendita Pureza y exaltar su realeza, que elevó siempre clamores para promulgar la gracia de su Belleza y que siempre se significó por su amor a la Santísima Virgen. Tanto se quiere a María en este cahiz de la tierra que no hay día en los que se engrandezca su nombre y se enaltezca su figura rezando el santo rosario. Aquello era lo que la mujer, bajo la arquitectura de la vieja puerta, con la modestia de su condición, intentaba transmitir a su primogénito, mientras la Virgen pasaba custodiando el sueño de su Hijo.

Allí donde las huertas y las murallas salvaguardaban la mejor Virtud, allí donde los hombres se desprendían del

tiempo y las horas no existían, donde los segundos son eternidades cuando se cruzan las miradas entre la Niña que es Madre de Dios y los hombre, extasiados en la contemplación de un rostro que mantiene en vilo el alma y contraria el corazón porque teme caer en la herejía al no pronunciar su nombre y decirle guapa. Allí donde unos ojos proyectan al alma el mensaje de la resurrección, el hito de la gran Verdad, de la presencia sustancial e indiscutible de Dios en el Sagrario. Allí en la puerta que se abre a la Esperanza, a la luz, que sostiene entre sus muros el amor a la Virgen, donde no se tiene rubor para anunciarla como Esposa del Espíritu Santo y Esperanza única de los mortales. Allí donde los sueños se hacen realidad y la memoria no contraviene la razón, donde la locura se convierte en sensatez al ver al Niño dormido sobre el hombro de la Bienaventurada y las peticiones conforman en el aire Rosarios de la Alegría, se eleva oración a la Virgen preciosa y bonita, a la que la gente de la Macarena exalta con hermosas salmodias, con piadosas entonaciones que nacen del corazón, porque es el lugar donde habita la Esperanza, que es la forma más generosa de acercar al hombre a la felicidad y así poder rendir pleitesía a ese Niño que sueña con implantar en sus corazones

la gracia de la Misericordia. Allí frente a la Resolana se convoca, a la enjundia del amor y al fervor, a todos los hombres de buena voluntad para conocer y reconocer la grandeza de la Madre, esa Mujer que tanto da y tampoco pide, que tanto atiende y tanto otorga. Allí donde la fe tiene su mejor exponente, comprendió el niño, de la mano de su madre, que no hay mejor y más grande amor que el de Dios, que la oración del Rosario es principal vínculo de acercamiento a los misterios y gozos de la Virgen y que hay que rezarlo con la suavidad y cadencia precisa para no despertar al Niño y que pueda seguir soñando con la felicidad de los hombres, que son los depositarios de su mensaje de amor, y por ende, los encargados de hacerlo prevalecer ante la maldad y la intransigencia. Por eso le enseñaron a rezar el Rosario en la Macarena y así entendió, que cada cuenta era un signo para dar sentido a su vida y entroncar con la alegría y la serenidad que se acendra en el sueño del Señor. Rosario de la Alegría que tiene sonique popular. Rosario de la Alegría que nos brinda la posibilidad de encontrar soluciones a la vida. Rosario de la Alegría que se conforma en la emoción y rinde su pleitesía al Hijo que viene prendido al sueño de su pasión. Rosario de la Alegría que mantiene en gloriosa agitación a

la gente de la Macarena. Rosario de la Alegría que altera la misma razón en el rostro de la madre mientras el hijo descubre el poder de la oración que le acerca María y, a través de Ella, a Dios. Rosario de la Alegría que tiene en la Macarena un sentido en el Niño Dormido, pues va soñando que la vida es el premio merecido para aquellos que llegaron a sus plantas con el corazón afligido y henchido por el amor que nace de la Esperanza porque en Ella está la Salvación.

Aquel niño, que buscaba ansioso junto quien le dio el ser, la carita nacarada de la Virgen del Rosario, en las calendas del otoño de su infancia, hoy, humilde y sencillamente, ha intentado pregonar su amor a Quien tanto le dio, a Quien premió su vida anclando la Esperanza a su corazón y recuerda la mano de quien le guió hasta allí, donde hubo huertas y hombres que soñaron con Ella, y le enseñó aquella letanía hermosísima dedicada a la Virgen bonita que sirvió para conseguir todos sus fines y solicita al Cristo, al Niño que llevaba en sus manos el Rosario donde se encadenan su vida, sus emociones, sus recuerdos y vivencias, le pide al Niño bonito que sueña y proyecta sueños sobre el hombro virginal de María, que no se olvide de él, que siga posibilitando el reposo de su espíritu, que no desatienda sus ruegos, que

quiere volver a vivir aquella tarde de ensueño, la tarde de un domingo de octubre, cuando llegó a la Macarena de la mano de su madre.





## Agradecimientos:

A la Hermandad de la Macarena, siempre, por estar cuando la necesité.

A Miguel Ángel González Romero, Rocío Sáez Millán, Carlos Peñuela Jordán, José Gutierrez Aragón y Francisco José García Rodríguez por ponerle rostro, luz y color a mis palabras.

A Esperanza García Perea por su cariño y la maquetación de esta publicación.

A Eduardo Carrera Sualís por su cariño y apoyo constante.

A Carlos López Bravo, Andrés Martín y Esther Ortego por su entrega en este proyecto.

A todos los que oigan y lean este pregón que no tiene otro afán ni fin que acercar a Dios a través de la mediación de la Santísima Virgen, del amor sin medida a María.



Este pregón de las Glorias de María se comenzó a escribir el día 18 de diciembre de 2015, cuando en la Macarena se presiente la Gloria de Dios en los ojos de la Virgen de la Esperanza.

Se terminó el día 6 de enero de 2016 cuando en san Lorenzo se dio a conocer al mundo que el más Grande Poder, la mayor Misericordia, tiene su centro en Cristo.